



CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

CAPÍTULO

oriental 12

la historia de la literatura uruguaya



**RODO
Y EL
ARIELISMO**

CAPÍTULO oriental

la historia de la
literatura uruguaya

Este fascículo ha sido preparado por el crítico Sr. Washington Lockhart, revisado, con cronología y bibliografía por el Dr. Carlos Real de Azúa, y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPÍTULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental".

12. Rodó y el arielismo



José Enrique Rodó, según Carelus. (Hermenegildo Sábat), al ser designado presidente del Círculo de la Prensa.

RODÓ Y EL ARIELISMO

"ARIEL" EN SU ÉPOCA

El proceso a Rodó se mantiene abierto, como lo está el proceso a Vaz Ferreira, y como lo estuvo durante casi un siglo el proceso a Artigas. Destino previsible en un país que suele juzgar antes de enterarse, debido en parte a que ha carecido durante largo lapso de jueces adecuados.

En el caso Rodó, la controversia parece ya poco disculpable, al menos sobre algunos aspectos esenciales. Puede incluso datarse con exactitud esta ya ineludible concordancia: fue en efecto en 1947, el 19 de diciembre, cuando se echaron las bases de ese acuerdo, al inaugurarse la Exposición de Originales y Documentos de Rodó. Fue en esa fecha cuando todos pudieron reconocer lo que Roberto Ibáñez denominara la "Nueva imagen de Rodó", verdadera revelación que se convirtió de inmediato en la base imprescindible de todo estudio.

El tema, evidentemente, lo merece. Muy viejos, o muertos, hoy, los jóvenes de la época de Ariel, hemos descubierto en efecto que los destinatarios son nuestros hijos con más propiedad que nuestros padres. La obra, como ya se dijo, no fue un escrito de ocasión, sino que fue concebida "sub especie aeternitatis". No propuso Rodó tareas inmediatas, no habló a sus contemporáneos sino para iniciar en ellos un movimiento de resonancia y trayectoria permanentes. Y si bien puede reconocerse en su prédica determinaciones propias de la época, su alcance llegaba mucho más allá, pues

tenía como objetivo promover una conciencia superior del hombre americano, como expresión representativa de lo que habría de ser alguna vez la conciencia del hombre universal.

En el 1900, año en que aparece Ariel, se vivía en nuestro país una situación que volvía improbable todo esfuerzo por integrarse como personas conscientes de su vocación y su destino. En lo económico-social, la prosperidad de algunas clases a costa de las otras, el coadyuvante aporte inmigratorio y un relativo incremento de la productividad, nos imbuían el peor de los espejismos característicos de "la belle époque", en andas de un progreso material que pudo pensarse incontrastable. No resultaba por lo tanto extraño que se concibieran obras como *Tierra de promisión*, en la que Carlos M. Maeso, en 1904, ilustraba ese desmesurado optimismo con gráficas a toda página y frases exultantes. Aparecíamos allí como "el país más hermoso, más rico de América". "Se engrandece el pensamiento —agrega el autor— y se dilata el alma pensando en el porvenir de nuestra patria". Al margen, y como consecuencia lateral, de esa gordura nacional tan parecida al vientre abultado de los niños incorrectamente alimentados, nuestra vida cultural se reducía a unos pocos intentos aislados (los mejores, los de Zorrilla de San Martín y Acevedo Díaz, se cumplían fuera del país), mientras algunos candidatos a refinados llegaban "a las heces —escribía Rodó en *El que vendrá* (1896)— en la libación de lo extravagante y de lo raro". Rubén Darío, con su apoteosis, precisamente, de *Los raros*, y



Rodó a los 11 años



En la época de sus primeros ensayos.

junto a él la desconcertada promoción de los decadentes de la hora, dieron pábulo a lo que Zaldumbide denominara "delicuescencias" y "vaniloquios" pseudo-modernistas, en tanto las baratas y entradoras ediciones Sempere divulgaban a Haeckel, Nietzsche y Kropotkine, mezclando un materialismo hartó módico con afanes híbridamente entreverados de rebeldía e individualismo. Afanes cuya única consecuencia visible fue desmelenar y entricotar, cuando no dandificar, a quienes decidían arriesgar esas tímidas osadías de vestimenta y gesto contra la gris chatura del ambiente. Sobre ese fondo de descreimiento ante las normas e ideales usuales, así como de insatisfacción ante un positivismo que no podía concretarse entre nosotros sino negando lo que iba más allá de un acá que no éramos tampoco capaces de abarcar, el momento era como de encargo para que aquellos intelectuales inactivos (integrantes, según se ha especificado, de "la promoción juvenil y cultivada de las clases media y alta") se sintieran románticamente atraídos por una acción que no estaban en condiciones de desarrollar. Tan hastiados y escépticos como ávidos de fe, brotaba de ellos una especie de vitalismo irracional, por el que todo habría de salvarse del marasmo y la descomposición que se padecía sin levante.

¿EVASION DE RODO?

Al acusar a Rodó de haberse desentendido de la realidad económico-social en que vivía, se olvidan dos aspectos fundamentales:

En primer lugar, el tratamiento que se le concedía entonces a tales problemas solía ser en nuestro país, como lo dijera años antes Julio Herrera y Obes, pura "geometría en el espacio". No existía pensamiento sociológico ni socialista, sino algunos brotes anarquistas de un terrorismo que entre nosotros no podía ser sino verbal. No se abordaba ningún problema concreto sin abrumarlo de "principios", "derechos" y una surtida gama de floripondios más o menos teóricos y tácticos. La ciencia social no había estrenado siquiera los pañales entre nosotros.

Lo segundo que se olvida es lo que Rodó escribiera respecto a esos problemas. En su informe de 1908, Del trabajo obrero en el Uruguay, escrito cuando el tema era un páramo aún no transitado, aborda en efecto, con soluciones que se adelantaban en mucho a las ideas de la época, problemas como el contrato de trabajo entre el obrero y el patrón, la limitación de la jornada, la libertad de asociación gremial, el derecho de huelga, las condiciones de seguridad e higiene en los talleres, el descanso semanal, el trabajo de la mujer y del niño, la indemnización por accidentes, el salario mínimo, etc. Previendo la necesidad de estudios más concretos y detallados de los que él mismo podía realizar —según los reclaman aún hoy los sociólogos del día— reclamaba la



El escritor en su madurez.



En el balcón de su casa.

creación de "oficinas de estadísticas". No sólo protestó contra "los jornales irrisorios" que recibían los obreros del Perú, sino que afirmó que el obrero "es la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero —agregó rotundamente— debe eliminarse, o ser eliminado". No sólo postulaba de ese modo —explica oportunamente Eugenio Pettit Muñoz— la sociedad sin clases, no sólo denunciaba "la injusticia brutal" y "la hipócrita mentira" de "este orden social trasmitido al siglo que comienza, por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria", sino que predicó, para cuando la redención por la persuasión y el amor no diera frutos, "la heroica eficacia de la revolución", y hasta llegó a justificar, en su artículo Anarquistas y Césares, a los que arrojan bombas a los poderosos. Si en otros lados dice no ser socialista, entiéndase pues que su renuencia no nacía de discrepancias esenciales en cuanto a los principios directores de moral y de justicia. Verdad es que su reflexión no incidió sobre las bases de la organización capitalista. Pero la discrepancia de Rodó provenía de esa tarea de educación espiritual que, según podía apreciar, el socialismo, tal cual lo conocía, desatendía o postergaba. Rodó reclamaba una vigilancia previa y complementaria, allí donde el socialismo, según pensaba, se apresuraba a proponer una militancia estricta. Su blanco no es pues el "materialismo" histórico, sino el

"utilitarismo", la atención excesiva a "la finalidad transitoria de lo útil". Como un ejemplo de la importancia decisiva que le otorgaba a los condicionamientos económicos, baste recordar su frase: "la representación de los Hacendados es la tarima sobre la que se asentó muy luego la tribuna de la Revolución", es decir: lo económico como sustentáculo de la ideología.

En cuanto a política internacional, no dejó Rodó de denunciar las "intervenciones desenmascaradas" que, "válida de la superioridad de su fuerza", llevara a cabo "la poderosa nación del Norte". Y no se piense que allí se refiera únicamente a empresas militares, sino también a la "intervención constante y encubierta en los negocios públicos de otros Estados Hispanoamericanos". Si puede ser explicable aceptar ese atropello —agrega— por la impotencia en que éstos se hallan, completarlo "con el asentimiento y la colaboración complaciente, es una aberración que jamás podría disculparse". Ariel mismo debe leerse como una prevención contra ese colonialismo cultural que hoy constituye tan candente tema de debate. Que Rodó creyera necesaria una honda e intensa labor educativa, que a ella dedicara lo mejor de sus esfuerzos, no significa pues, ni de lejos, que desconociera o desestimara nuestros problemas sociales, económicos y políticos. Los conocía tan bien o mejor que muchos, incluso, los que hoy se erigen en sus acusadores.

Jaime Antonio Rodríguez

El valor ~~de~~ un libro se prueba en los grandes momentos de la vida. El libro verdaderamente intenso y eficaz es aquel que se recuerda en la hora de los grandes dolores, o de la suma felicidad, o de los supremos entusiasmos.

José Enrique Rodó
MOTIVOS DE PROTEO

Montevideo, 1916

CÓMO ACERCARNOS A "ARIEL"

El que vendrá fue el primer llamado con que Rodó, exacto intérprete de esa difusa insatisfacción, dio salida expresa a sus anhelos. Y cuya respuesta fue precisamente Ariel, ensayo de tono magistral en donde él mismo recogió el llamado que venía de formular. Se deduce de lo dicho el reparo que parece más atendible contra Ariel: el que ve en este ensayo de Rodó sólo una réplica, por otra parte excesiva e inoportuna, ante lo que pudo dejarse que se pudriera solo. Ariel sería así una vía abierta sin rumbo fijo, desde un origen en sí mismo irrelevante. Pero Ariel no fue mera reacción. Visto a la luz de la obra posterior, sobre todo de *Motivos de Proteo*, se nos revela como parte inseparable de una concepción homogénea, una palabra cuyo valor resalta, no por la circunstancia que la promoviera, sino por aludir a la condición permanente del hombre y a su deber de cumplir en todo tiempo su posibilidad. Grave desenfoque es considerar Ariel solamente como un alegato "contra" la especialización, "contra" la nivelación democrática, y "contra" el estrecho utilitarismo de los EE. UU. Tales negaciones eran tan sólo el punto de partida, el motivo que le diera pie para desarrollar su amplia visión de la situación del hombre en general. La obra de Rodó constituye en efecto una unidad, incluso desde el momento de su concepción, y su clave de bó-

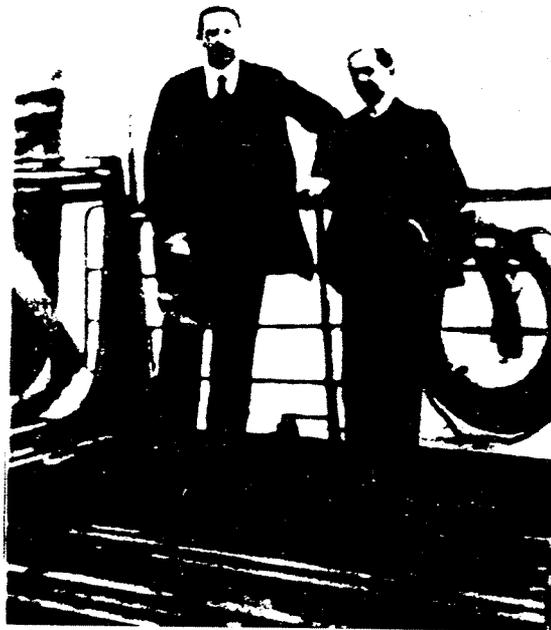
veda aparece clara en los escritos póstumos, luego de la restauración consumada por Roberto Ibáñez con el título de *Otros motivos de Proteo*. Rodó se nos aparece desde entonces con deslumbradora integridad. Y la imagen que entonces se nos impone desautoriza muchas de las objeciones que incluso críticos muy caracterizados creyeron necesario señalar. Mencionamos aparte algunas de ellas. Fueron, las más frecuentes, las que alegaban su vacuo esteicismo, su impasibilidad apolínea, su idealismo inconcretable, su sincretismo inocuo, su desatención a la "realidad". Pero de ellas sólo merece subsistir, aunque fácilmente refutable cada una de ellas en el plano en que se formulan, ese trasfondo que se ha señalado: las actitudes de Rodó vendrían a explicarse, de acuerdo con esta visión crítica, como una expresión ideológica de clase, característica del liberalismo burgués entonces a la defensiva, y participando de lo que Richard Griffiths titula "La Revolución reaccionaria", cuyos representantes en Francia, entre 1870 y 1914, fueran, entre otros, Taine, Renán, Bourget, Barrès y otros frecuentes inspiradores de Rodó. Observación, ésta sí, a considerar; pues si Rodó puede ser discutible, habrá de serlo por lo que en él importaba, que era su actitud vital, y no por las "ideas", para él aleatorias y subordinadas. Pero esta observación nos remite a un problema mucho más considerable y complejo: ¿hasta

qué punto toda ideología de raíz burguesa no puede evadirse de su condición, reencontrar valores y postulados que, aunque inficionados por el uso interesado de las clases privilegiadas, pueden sin embargo coincidir con preocupaciones reales y generales? ¿Cuándo una ideología, que como tal está subordinada a intereses de clase, deja de estarlo, para convertirse en auténtica expresión de humanidad?

Debemos así volver, en este punto, a considerar las motivaciones, inevitablemente sospechosas, que parecen sustentar la obra de Rodó. Nuestra labor de exégetas debe entonces cumplirse en dos planos diferentes: elucidando primero, contra las objeciones de detalle, su pretendido desdén ante el hombre común, su desinterés ante los problemas "reales", la calidad presuntamente desligada de su idealismo y de su esteticismo; y, en segundo lugar, —aunque el primero en orden de importancia— poniendo de relieve el sentido de su acción, de esa alta calidad política que le reconociera incluso un Unamuno, para quien Rodó fue "el político, el verdadero político, el maestro de política, esto es: de civilización y de civildad y de cultura".

LA VERDADERA DIMENSIÓN DEL "ARIELISMO"

Por reiterado error de enfoque, por buscar más allá o más acá lo que se nos ofrece sencillamente como expresión vital, se empecinan algunos críticos en extraer de Ariel "ideologías", ideas significativas de por sí, mientras otros, en tesitura opuesta —aunque ésta muchas veces se alía a la primera— ven meramente en dicha obra un juego estetizante de retórica gratuita. Los consideran, los primeros, como una reedición del principismo del 70 y de su adhesión incondicional a los postulados liberales, cuando la actitud de Rodó, convicta y confesa de anti-intelectualismo, no coincide sino exteriormente con algunas de esas tesituras idealistas. La "idea", o el "ideal", no eran en efecto para él sino la ocasión en que se apoyaba para apuntar a un sentido que no podía reducir a tales coágulos mentales y sentimentales. No era un adalid de "los derechos del hombre" ni de la "libertad de conciencia" en cuanto tal. Su preocupación se centraba en la viva vigencia del hombre como partícipe de una presentida armonía universal. Lo ha expresado claramente y de distintos modos: "Lo que primero debe preguntársele a un libro... no es ¿traes ideas? sino: ¿traes una fuerza que personalice en los demás la idea que apartas?"; "Lo fundamental en el moralista es tener un sentido de la vida". "Lo que importa es lo vivo de la obra, no las



A bordo de un paquebote, con el cónsul de Uruguay en Pernambuco (1916).

ideas abstractas". Fue así que, por no sentirlo como él quiso ser sentido, por acercarse con ánimo analista y poco receptivo, pudo verse, en la abierta universalidad con que acogía las tendencias más distintas, un cómodo sincretismo, una manera desconsiderada y simplista de conciliar lo inconciliable. Pero su propósito no podía ser, coincidente en ello con las tendencias filosóficas de fines de siglo, el de construir un sistema coherente, el de proponer una estructura ideológica coordinada acumulando masivamente tan diversos materiales, sino servir de ellos para motivar y enriquecer su propósito expreso: mi objeto —dice, en efecto— es "la educación en el más alto sentido"; "predico la acción, la esperanza y el amor a la vida".

Su actitud no era pues la de un ecléctico, la de un zurcidor de galas módicamente aprovechables, sino la de un sensibilísimo representante del humanismo más insospechable, de aquél que a nada humano puede sentirse ajeno. Lo que le importaba no eran así las ideas, sino las maneras de exaltar y afinar, mediante su cultivo, nuestra calidad espiritual, la delicadeza de nuestra sensibilidad y la más disponible efectividad de nuestro sentido de lo bello. Bien veía que América necesitaba ejercitarse en esa gimnástica interior, casi heroica, y que era mediante ella que habría de aproximarse al cumplimiento de su predestinación. Nada más torpe en consecuencia que confundir sus referencias al ocio creador con la mollicie de que se inculpa precisamente al sud-



americano. No era que desdeñara considerar los problemas materiales, sino que había sentido y padecido la superficialidad e irresponsabilidad que entonces amenazaban anegarlo todo.

Ya en 1897, en correspondencia dirigida a Rufino Blanco Fombona, Rodó se adelantaba a expresar que era "en el arte y en la literatura" en donde podía principalmente contribuir a estrechar los lazos de una unidad que parecía entonces inalcanzable utopía. Con *Ariel*, esa actitud se afirma y se esclarece. Denunció allí las más sensibles deficiencias de que se adolecía, y señaló al mismo tiempo, con la amplitud correspondiente, las vías que podían conducir a su superación. Su acusación al materialismo norteamericano no podía ser, como lo pretenden algunos críticos demasiado actuales, una denuncia del imperialismo ni de la influencia conculcadora de los capitales extranjeros, denuncia que no dejaría sin embargo de formular tiempo después. Percibió claramente que el verdadero enemigo, el que le abre la puerta a los demás, residía en la actitud personal proclive a trasplantar tendencias opuestas a nuestras más entrañadas predisposiciones. Tuvo clara conciencia de que el reducto a defender con inquebrantable empeño era la dignidad y la pureza de nuestra conformación espiritual, la base grecolatina que, junto a la influencia cristiana, informa nuestros orígenes, sustrato cultural que los apremios y las incitaciones de una civilización avasalladora amenazaban subvertir y desviar de su mejor posibilidad de desarrollo. "No aspiraréis en lo inmediato —escribe en *Ariel*— a la consagración de la victoria definitiva, sino a procurar mejores condiciones de lucha". Su palabra es, así, de vigencia más alta y permanente. Habla para siempre, y no para la contingencia de su tiempo. Y si predica un ideal de desinterés y de optimismo, de espiritualidad y tolerancia, no es porque se desentienda de las realidades económicas, sino porque sabe y siente que el conflicto esencial, el que nos salva o nos pierde como hombres totales y cabales, se desarrolla en el seno mismo de nuestra voluntad de superarnos y per-

feccionarnos. Tal fue la profunda razón de ser del "arielismo", y no el inconsistente idealismo en que lo convirtieron muchos de sus seguidores. Pudo parecer que, en el plano de las realizaciones inmediatas, se demoraba en postergaciones demasiado indefinidas. Pero el problema de la acción, para Rodó, quedaba solucionado antes de plantearse, pues la ética, en su sentido superior, se le revelaba como una provincia de la estética. Actuar sólo podía significar vivir en armonía con el todo, y no podía haber por lo tanto otra conducta que la que de ese modo se reintegrara a la suprema razón de la Belleza universal. No porque —conviene aclararlo— pensara llegar a la ética por el camino de la estética (temor que le expresara Unamuno); amaba demasiado la vida y sentía muy hondo el imperativo del deber como para incurrir en semejante enajenación.

La estética, en Rodó, no conducía, sino que era su ética, expresión de una coincidencia armoniosa del hombre con lo que lo rodea y lo rebasa. Pleno de optimismo vital y de salud espiritual, Rodó, como antes un Sarmiento y un Martí, comprendió que debía recuperarse un contacto más entero con los ideales tradicionales, no por ellos mismos, sino por la consistencia que podían proporcionarle a su actitud, recurriendo a aquel venero esencial al que, bien lo advertía, no podrían desplazar ni sustituir las atildadas naderías de la hora. Escribir se le convertía así en milicia en cierto modo sacramental; hablarle a la juventud, una empresa sagrada. Y si padeció hasta la agonia la gesta de la forma, fue porque tuvo una

En Pernambuco
el 21 de
julio de 1916,
con el cónsul del
Uruguay en Recife



Pronunciando un
discurso en el
Cementerio Central con
motivo del entierro
de Juan Carlos
Gómez (8 de
octubre de 1905).





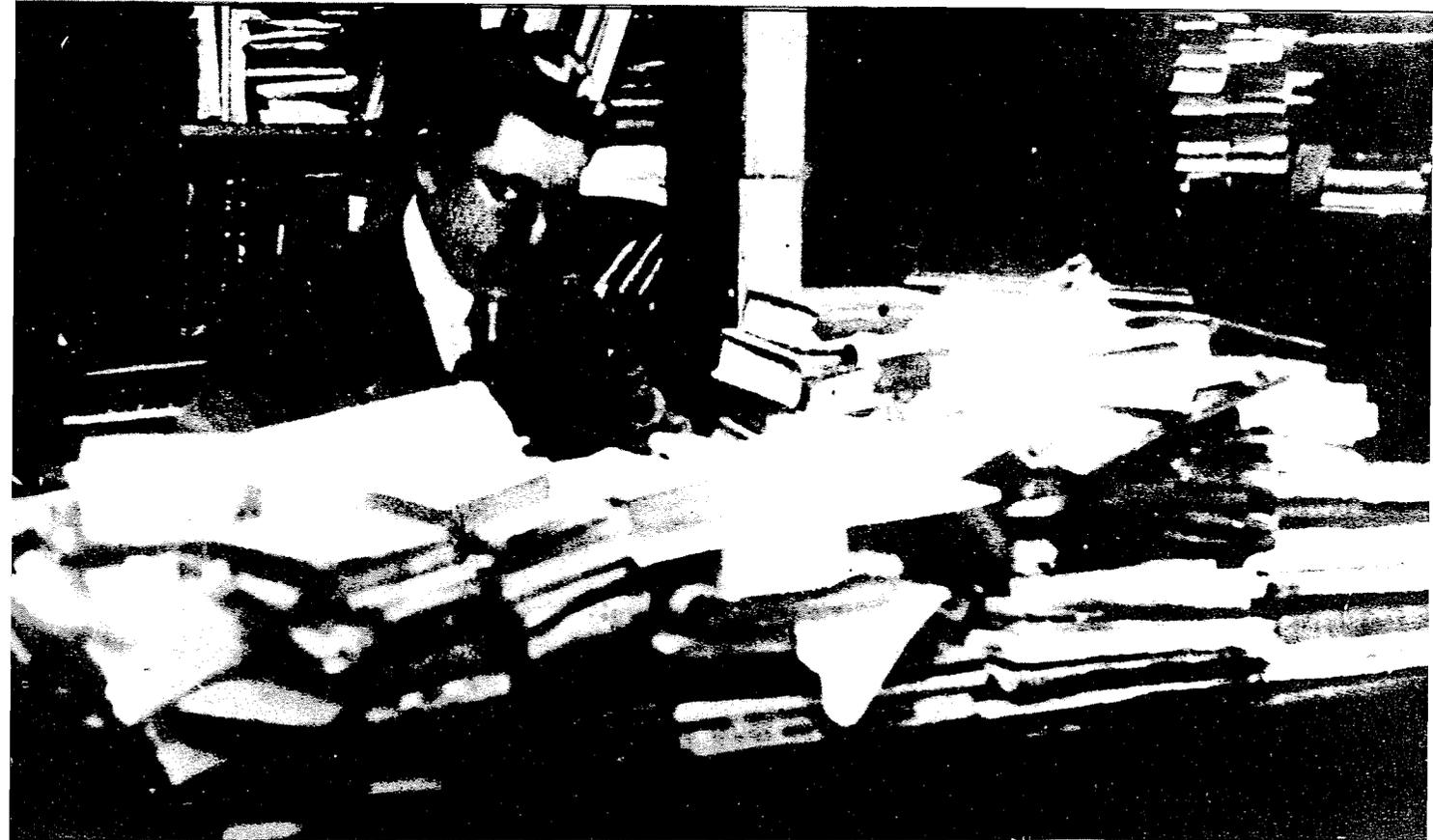
conciencia casi visceral de que la apariencia era el otro costado de la esencia, y que el sentimiento y las ideas, en cuanto se echan a andar entre los hombres, no adquieren su total vigencia sino a través de una expresión que esté a la altura de su valor fundacional.

LO QUE AMÉRICA NECESITABA

Si de algo carecía América en esos años, era de la suficiente reserva espiritual como para que cualquier construcción social o política que se quisiera entonces erigir, pudiera mantenerse en pie como ocasión propicia para la aparición de una cultura coherente. Construir, entonces, hubiera sido precipitación insostenible. El ejemplo de Méjico, pocos años después, lo corroboraría. Era preciso comenzar desde adentro del hombre, infundirle el sentido de su dignidad, de su posibilidad de desarrollo y de irradiación, impedir que confiara en una solución inmediata de sus problemas materiales, conquistas que, aún suponiéndolas factibles, no hubieran significado entonces sino un peso muerto, una frágil y falaz componenda con necesidades mal planteadas; y al cabo, y a plazos más o menos breves, contradictorias con el bienestar que se perseguía. Rodó lo sintió y lo vio, no desde un empireo estefizante y hasta reaccionario, como creyeron y creen aún advertirlo algunos críticos, sino en la disposición más atinadamente realista que cabía entonces, concibiendo, a satisfacer dentro de plazos que no podía imagi-

nar breves, las verdaderas necesidades del hombre americano. Las necesidades materiales ocupaban entre ellas un lugar que no pudo pensar ni remotamente en derogar. Pero si de algo estaba convencido, era de que, para eliminar los males que se padecían, resultaba necesaria una acción vasta, firme y duradera, orientada a cimentar una cultura cuya insuficiencia, en aquel "ambiente de tedio y tristeza", lo convertía a él mismo en un "pedazo de un gran cadáver", desalentando de raíz todo propósito de superación. De ahí que en **Motivos de Proteo**, nueva y armoniosa etapa dentro de su gran empresa, intentara liberar al hombre americano de la inhibición, producto de un íntimo desfibramiento, con que enfrentaba la responsabilidad de su destino. Dada ya, en **Ariel**, la voz de alerta contra las amenazas y deserciones de la hora, con esta nueva obra, proteica e infinita como un mar que renacía eternamente de sí mismo, intentó contribuir al surgimiento de una conciencia capaz de enfrentar los peligros denunciados. Completaba de ese modo su magistral mensaje. Predicaba allí la reforma interior, no la renovación que erradicara o trastocara las bases permanentes de la personalidad.

Desconfiaba de la novedad en cuanto tal: sabía de las necesarias dilaciones con las que el alma debe cumplir sus más decisivos adelantos. Ante la variabilidad del hombre —y su fino sentido de lo actual lo hizo coincidir aquí con el pensamiento de un Bergson, cuyas obras iniciales tuvo ocasión de conocer— Rodó sintió



la necesidad de disciplinar la voluntad y de volverla apta para el cumplimiento de los procesos de cuya prosecución todo hombre se revelaba entonces responsable. No se sujetó para ello a doctrina establecida; aprovecha así las sugerencias del evolucionismo spenceriano, de la practicidad positivista, y de ese impulso idealista que venía lejana pero inequívocamente de Platón. Puede sin embargo señalarse sus ideas dominantes y caracterizar de ese modo una especie de doctrina, aunque dúctil y adaptable a renovadas exigencias: era en efecto la suya una moral hecha de fe, de tolerancia y de confianza en la capacidad humana de autodeterminarse y superarse, desligada de todo sectarismo y complacencia. Tal concepción, miscelánea y abierta —repitámoslo— nacía de su radical confianza en la unidad subyacente, pero al mismo tiempo trascendente, de la vida. "No son las ideas, son los sentimientos —escribía en 1912— los que gobiernan el mundo". Y su palabra innovadora, suscitante, así como el sentimiento enaltecido de que nacía, fue el inesperado recurso con que intentó redimir al hombre americano del caos en que vivía, por apartarlo del especialismo, de la vulgaridad y de la incredulidad con que en esos años se abochornaban todos los valores.

LA FE HEROICA DE RODÓ

Su optimismo, su viril confianza, su exaltación de la conciencia estética del hombre, pa-

recían entonces contradichas por una realidad que desautorizaba, y en cierto modo desplazaba, toda actitud no complicada con los avatares del momento. Su frase en que llamaba "locura" a su esperanza, fue así recogida y vuelta contra él. Se acusó al "ariélismo" de desertión, de distracción indisculpable. La apostasía hallaba llanos todos los caminos. Se volvió tarea fácil, entonces, señalar las insuficiencias de su posición y sus ideas; enrostrarle, así, un optimismo que pudo parecer ingenuo, demasiado desarmado ante las asechanzas externas e internas, las limitaciones de su actitud inmanentista, la vaguedad de su progresismo, su manera, aparentemente indiscriminada, de adicionar ideales con mengua de sus direcciones peculiares, la inexistencia de un núcleo ontológico común, su concepción de la belleza como algo que parecía sobreagregado (como "el esmalte del anillo"), su mal interpretado aristocratismo, su visión unilateral de países como Grecia, en un sentido, y como los EE. UU. en el opuesto, su decantada desatención a los problemas materiales y a los obstáculos reales que interponen los consabidos intereses y, sobre todo, la inadecuación de su estilo con los destinatarios a que parecía dirigirse. Todo ello no deja de ser cierto en algún grado y bajo los correspondientes atenuantes; pero no se abarca de ese modo sino una parte inesencial de su actitud. Porque por encima de la constelación de ideas y de conclusiones que exhumó de tan diversas fuentes, alentaba un sentimiento primordial, religioso, de la vida. El espíritu,

LOS NEGADORES DE RODO

Ariel fue recibido fríamente por el lector montevideano. Se habían vendido apenas sesenta ejemplares, cuando se conoció el artículo laudatorio en donde Leopoldo Alas, el prestigioso "Clarín" de la ensayística hispana, denominaba a su autor "el primer crítico de América". Era el espaldarazo consagratorio. La fama de Rodó se difundió de inmediato por todo el continente. Se sucedieron las ediciones, las revistas Ariel; se organizaron incontables círculos de "arielistas"... Pero pronto empezaron también las negaciones y los reparos. De la larga lista, extractamos aquí los que creemos más representativos:

* Víctor Pérez Petit, con quien Rodó compartiera, junto con los hermanos Martínez Vigil, la dirección de la juvenil Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales, afirmó, sorprendentemente: "La metafísica de Rodó no va más allá del positivismo de Comte, modificado por el evolucionismo de H. Spencer".

* Dardo Regules, estableció por su parte que "lo único" que nos dejó Rodó fue el concepto de "vocación" y una teoría de la "tolerancia".

* Gonzalo Zaldumbide, autor de un excelente libro sobre Rodó, escribió que era "un exento" a quien "no parece preocuparle nuestra significación de hombres en medio del universo, ni este enigma de sentir un alma que interroga en vano por el objeto de nuestra vida".

* Luis A. Sánchez, uno de los más acérrimos antirielistas definió el "idealismo rodosiano", como "un grueso contrabando de vacilaciones y oportunismos" y un "menosprecio lanzado a la democracia".

* Alberto Zum Felde afirmó que lo más característico del arielismo es simplemente una "norma de conciliación dialéctica"; escribió además que

"el idealismo de Ariel carece de últimas razones y de un hondo sentido de la vida, siendo su profundidad sólo literaria"; sería así, el de Rodó "un diletantismo intelectual".

* José Luis Romero supuso que cuando Rodó hablaba de "las hordas inevitables de la vulgaridad", se estaba refiriendo a las poblaciones indias y mestizas, cuando la vulgaridad que en realidad impugnaba era expresa y precisamente "la vulgaridad entronizada y odiosa" de esas clases altas, bárbaras y mediocres, tan hostiles a "las verdaderas superioridades" como al humilde y al desamparado.

* Isaac Ganón afirma que "el pensamiento de Rodó era de crítica", es decir no constructivo, y que si bien sugería el "idealismo", no precisaba en qué consistía ni cómo se alcanzaría. Cuando menciona a "el maestro", cree necesario agregar, irónicamente, "como se le llamara".

* Medardo Vitier, en 1945, acusa asimismo a Rodó de no ofrecer "referencias concretas a los cuatro o cinco problemas que tiene por resolver Hispanoamérica".

* Alejandro C. Arias, un año después, afirma que a Rodó "la vida se le aparece como un juego armonioso de imágenes", y que "tal vez no supo percibir cuánto hay de imperfecto, de agnóstico, de caos mismo en la realidad".

* Mario Benedetti propone para Rodó un entierro de primera clase, incluyéndolo entre los "ilustres e importantes valores muertos" del 900. Agrega que Rodó visitó el siglo XX solamente "como turista", saliendo así de ese siglo XIX al que pertenecía "con toda su alma y toda su calma".

La alta categoría intelectual de casi todos los autores mencionados vuelve más sorprendentes tales críticas, casi todas ellas fácilmente refutables. Agreguemos, por otra parte, que fueron innumerables las personalidades literarias que emitieron opiniones laudatorias, cuando no entusiastas. Entre los españoles, "Clarín", Juan Valera, Rafael Altamira, Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez y el mismo Unamuno, pese a su francofobia. Entre los americanos, Francisco García Calderón, Pedro y Max Henríquez Ureña, Alejandro Andrade Coello, Carlos A. Torres, Rubén Darío, Leopoldo Zea, Alfonso Reyes, el hispanoamericano José Gaoz y muchísimos más, aunque algunos de ellos con reparos variados. Y entre los uruguayos, dejando de lado todo incienso oficial, la lista es extensa, no pudiendo dejar de mencionarse los valiosos estudios de José Pereira Rodríguez, Raúl Montero Bustamante, Gustavo Gallinal, Eugenio Petit Muñoz, Emilio Oribe, Luis Gil Salguero, Emir Rodríguez Monegal, Carlos Real de Azúa, Roberto Ibáñez y Arturo Ardao.

En resumen, pueden distinguirse tres etapas en la valoración de Rodó: la primera, de exaltación superficial e inflamada, aunque contrastada ya por las reticencias de Zum Felde; la segunda, de críticas punzantes, con el aprista Luis A. Sánchez a la cabeza, seguido por algunos desencantados entre los panegiristas de la primera hora; y la tercera, desde hace más de dos décadas, incluyendo revisiones y puntualizaciones más sólidas y fundamentadas.



1912: en el balcón de su casa

TRES PARÁBOLAS DE PROTEO

FOR
JOSÉ ENRIQUE RODÓ

en él, no fue un fácil triunfo, una cómoda superación, desde que debió abrirse paso entre la patética dramaticidad de su existencia real, llegando incluso a tener que recurrir, para bosquejar sus ensayos, al dorso de las conminaciones de los usureros. Pero su tortura mayor era el acucioso presentimiento de una unidad en la que todo hallaría su cumplimiento. Esa unidad era su fe, una verdad que, más allá de las ideas de que se servía, coincidía con su sentido profundamente estético de la realidad. Lo esencial, en Rodó, era así su actitud como expresión entera de su ser, un sentido hondamente arraigado de la incuestionable sustantividad de la vida, de su carácter eminente, sagrado. Criticar su obra es, por lo tanto, criticar al hombre, pues "un libro que se escribe —confesaba él mismo—, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia sustancia su capullo". Y quién no advierte el uncioso respeto con que se acercaba a sus temas, con qué magistral compostura, con qué sentido reverencial, ante una trascendencia a la que nunca nombró ni pretendió especificar, pero que, como los astros que cierran el relato de Ariel, preside, desde su espectante lejanía, todas sus especulaciones. El mundo es para él un "orden necesario y eterno", sustentado en un "secreto y armónico finalismo". Dentro de él, la personalidad es un "misterio", "¡y qué raro si piensas!"; pues no es un hecho o presencia discernible, sino una emanación del orden general. Sólo podemos acceder a ese orden por la vía de la personalidad, base de nuestra verdadera independencia. ¡Cómo no predicar entonces la acción, la esperanza, el amor a la vida!

Aún desde el fondo de su dolor, dolor que, lejos de ser un obstáculo para la "transformación personal" a que estamos llamados, es "su condición necesaria", pues es "tan del orden del mundo como la muerte", dolor que debemos, eso sí, ennoblecer y callar, aceptar como una manifestación providencial de "este gran desengaño que es el fondo inevitable de toda existencia", mal que le pese a quien se aferre estrictamente al progreso material como fin de toda desazón existencial. Escribía para transmitirnos su credo, ese cálido presentimiento de "un estado de fe" al que tendía dolorosamente. No se le pidan construcciones sistemáticas, ideas. "No tengo ideas; tengo una dirección personal, una tendencia..." Un moralista —agrega— no lo es por aquello que piensa, sino por el sentido de la vida que posee, y por su capacidad para transmitirlo, para transpersonalizarlo. Su estilo es él, escribe con lo que es, no con lo que piensa; con lo que es, con lo que presiente, con su sentido englobante de las cosas. "El que no tiene soplo dentro de sí,



ILUSTRACIONES
DE
JOSÉ LUIS
SORRELLA
DE SAN MARTÍN

Editorial
Librería
de la
Universidad
de
Buenos Aires
MONTEVIDEO
20 de Mayo, 201

para nada, no lo encontrará". Su lector no puede llamarse así legión. Y si apela a su voluntad, si reclama un "secundador paciente y laborioso", sabe que la última decisión no surgirá, sin más ni más, de la lectura. La conciencia sólo puede abrirse ante el mundo por obra de la Gracia; pero en nuestras manos está el prepararnos para ello, mediante una tensa vigilancia, por un ejercicio constante de la voluntad. Sobre todo para no acostumbrarse al mundo, para no domesticarlo con las costumbres de la prosa y de la ciencia, de esa ciencia del siglo XIX de la que había buenas razones, y buenas sinrazones, para desconfiar. "El tomar las ideas demasiado en serio —insiste Rodó— puede ser un motivo que coarte la originalidad". Debemos estar siempre prontos, alertas.

Cree, al modo cristiano, en el advenimiento de "el momento mesiánico —el momento milenarío —o el momento palingenésico. ¿Por qué no ha de venir? Todo en el plan de la naturaleza parece anunciarlo". Lo concibe y lo siente como el desenlace que explica el empecinamiento de la vida al transmitirse de un ser a otro. Lo que sucede, sólo se explica y justifica como inminencia de lo que es. "Un sentimiento intenso y poderoso de la energía y el ritmo de la naturaleza —dice en **Otros motivos de Proteo** — une mi alma con un apretado lazo al orden del mundo". Su optimismo es trascendental. Exalta "la dignidad patricia de la vida". Niega su abyección, la Culpa. Se siente unido al todo por un impulso de adoración. Es "la hora de la religiosidad", cuando el alma, "señora de sí misma", se inserta "dentro de la unidad infinita".

ARIEL,

N.º 8

JOSE ENRIQUE RODÓ



MONTEVIDEO

IMPRENTA DE JORNALISMO Y REVISTAS

1900

EL SENTIDO DE SU MAGISTERIO

Cada vez se ve más claro que el signo —para algunos negativo—, de Rodó, fue ser Rodó, ser demasiado y consecuentemente lo que era. Es difícil por lo tanto comprenderlo si no nos acompasamos a su ritmo vital. Por eso pensamos que Rodó espera una comprensión cuyo momento aún no ha llegado. Lejos de ser figura del pasado, fósil o monumento al que se respeta por puro espíritu de condescendencia, Rodó es una clara premonición de lo que aún no estamos prontos para advertir e incorporar a nuestra actividad vital eficiente. Y hasta es muy posible que ocurra, cuando esto ocurra, sin que se crea necesario mencionar su nombre. Se seguirá siendo injusto con él hasta cuando se rinda justicia a lo que dijo, cuando comprendamos esa eminente "vaguedad" de que sólo podrá recuperar el "sentimiento del deber", quien "lo sienta estéticamente como una armonía". Algo de ese sentimiento nos queda siempre luego de leerlo, como efecto de un sutil contagio, un respetuoso, casi adusto reconocimiento del supremo privilegio de ser hombre. Para ello es necesario leerlo en la misma actitud con que escribiera: no deteniéndonos demasiado en sus ideas o en la contextura armoniosa de sus frases, no fijando nuestra atención en lo que dice ni en el modo en que lo dice, sino dejándonos impregnar, como por música casi indiscernible, por la calidad superior de su espíritu y por su sentido medular de nuestra condición.

Era, ciertamente, un maestro; pero su mejor lección no es la que se explicita en sus ideas, sino la que emana de la inusitada amplitud de

sentimientos con que las concibe y expresa. En tal sentido, y aunque no carezcan totalmente de verdad algunas de las objeciones que se le dirigen, no ha dejado de ejercer un inalterable magisterio. Sí, es cierto: Rodó no ha escrito para ser leído por el pueblo; sólo pueden acceder a él quienes, en cierto modo, participan íntima y previamente de sus mismas preocupaciones y de sus mismas reverencias. Como lo señalara Alfonso Reyes al situar la realidad de su influencia, "la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como un alma". También Pedro Henríquez Ureña reconoce que el propósito de Rodó "es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos". Y tanto uno como el otro llegaron a ilustrar con su ejemplo vivo la verdad de tales asertos, pues uno y otro recibieron la influencia de Rodó, no tanto a través de sus ideas, como del irradiante sentido de superación y de optimismo con que fueran expresadas. Representaron y mantuvieron de ese modo el superior sentido de espiritualidad que el maestro les infundiera a través de su obra creadora. Como dijera Rafael Barret, Rodó era de los que liberan el alma del lector. Por tal motivo, resulta impertinente discernir hasta qué punto mantiene el "ariélismo" su vigencia en la América de hoy.

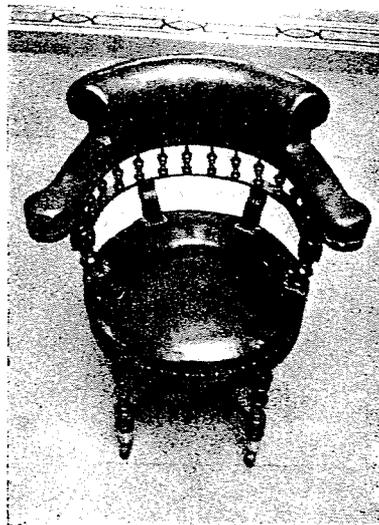
Las circunstancias cambian y, con ellas, las necesidades y las aspiraciones de los pueblos. Si la palabra de Rodó conserva todavía su influencia, no será así en el estrépito multitudinario, incompatible con su ritmo majestuoso y su inderogable dignidad, sino a través de aquellas conciencias que sean capaces de prolongar e irradiar esa "alma", esa fe, esa acción espiritual de que este tiempo, y todo otro tiempo, habrá siempre menester. Sería falsear su sentimiento, sería contradecir su visión del hombre como virtualidad constante de reforma espiritual, exaltar sus ideas en cuanto tales, extraer de su obra ideologías o doctrinas definidas y rotundas.

La actualidad de Rodó se revela a través de la cambiante apariencia de Proteo. Y quienes hayan de cumplir con su promesa, no serán quienes se atengan literalmente a sus formulaciones, sino quienes, según las mismas palabras que Rodó atribuye a Gorgias, lo venzan con honor. En esta hora en que América española intenta trabajosamente recomponer su unidad perdida, esa "alma" de Rodó está presente, y es bajo su advocación que habrán de consumarse los pasos decisivos, según lo vayan determinando las nuevas circunstancias. Mientras cumplimos así nuestra tarea, afanosos por resolver los problemas de la hora, seguiremos sintiendo que, por la voz de Rodó, como en la frase de Ariel, "algo desciende de lo alto".

EL ESTILO DE RODÓ

Cuando Rodó escribe La gesta de la forma, no está pensando en la vieja oposición de forma y fondo. Una forma bella no es para él sino una manifestación adecuada a lo que expresa. Decir las cosas bien —escribe— es una forma de la bondad. La verdad somera se confirma con la belleza que le da valor de cambio, que le procura un acceso cordial, la vida que necesita para ser "más verdad". Es un lugar común hablar del "estilo marmóreo", medido y majestuoso, de Rodó, de su frase de doble ancho, de su tensión constante, de la falta de esa naturalidad y sencillez que le haría falta para aligerarla y permitir una lectura algo más despreocupada. El actual lector de "digestos" no puede prescindir de esas facilidades. Hay sin embargo una concordancia indisoluble entre la calidad de la experiencia de Rodó y el modo con que la trasmite. Supo para ello inflexionar su propensión académica y su tono de predicador con el aporte mejor del modernismo, con matices llamativos y toques oportunos que no degeneran nunca en frívolo decorativismo ni en sensuales complacencias. Lejos de ser frío y calculado, ponía el alma en lo que escribía, respetando el ritmo que le imponía su afán de comunicación. Las frases le nacían enteras, armónicamente estructuradas, animadas por un movimiento que Gaos denominara muy exactamente "amiboideo". Al escribirlas debía dejar a veces vacíos en las frases, por no alterar, deteniéndose, esa melodía esencial que surgía como un ser vivo de su pensamiento. Sólo después de haber registrado esa línea melódica, se atareaba en la minucia de la tarea purificadora, cambiando una palabra inexacta, retocando todo detalle que atentara contra la pureza de su comunicación. Su trabajo llegaba entonces a estar —como decía aquel otro consumado estilista que fue Gabriel Miró— "todo cuajado de lumbre como una enorme ascua". Lograba así fundir poesía con filosofía. O para decirlo mejor: lograba restituir la verdad tal como existiera en su alma antes de nacer, impidiendo que quedara sumergida bajo las estrecheces de la prosa.

Al fin de cuentas, lo que quería transmitirnos era su alma. Aunque absorbo en un laboreo empecinado, Rodó no nos habla a dos voces, no superpone un modo bello a una idea previa, sino que esa belleza estaba implícita en la idea, era su manera de ser idea valiosa. No decoraba contenidos prefijados, sino que descubría en ellos la apariencia necesaria. Era un escritor, en el sentido cabal de la palabra, pues escribía y creaba al mismo tiempo, en un solo acto inquebrantable. No entendemos a quienes no lo entienden, o a quienes encuentran en sus libros pesadumbre y retórica. Algunos de sus recursos, cierta ceremoniosidad en el desarrollo de la imagen, la blandura de algunas transiciones, algunos arcaísmos y perífrasis, y sobre todo la continuidad indeclinable de su tono, pueden resultar, en una lectura poco atenta, molestia insoportable. Pero es suficiente reconocer la autenticidad de experiencia que promueve su expresión, para que tales reparos pierdan toda pertinencia. Sólo concebimos una manera de objetar su estilo, y es objetando a Rodó mismo.



El sillón del auxiliar José Enrique Rodó aún se conserva en el Banco de Corbranzas donde el escritor trabajó en su juventud.

JOSE ENRIQUE RODÓ

ARIEL

EL HISPANA LENGUA
TRADUKIS
MANUEL FERNANDEZ MENENDEZ



EDICION DE TRUJAVIA ESPERANZO SOCIETY
OKAZE DE LA 50 JARA BIBLIO DE CARB
MUNICIPALEDAD

RODO: VIDA Y DESTINO; CRONOLOGIA

1871 (15-VII): Nacimiento en Montevideo de padre español y madre oriental.

1882: Ingreso a la Escuela Elbio Fernández" y años de estudio y formación (hasta 1893).

1895-1897: Colaboración en "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" (primer artículo: 5-II-95): Rodó crítico de la literatura y el romanticismo hispanoamericanos.

1896-1899: "La Vida nueva" ("El que vendrá" - 1896-97; "La novela nueva" - 1897; "Rubén Darío" - 1899): conciencia y diagnóstico de la crisis socio-cultural del "fin del siglo" en Occidente.

1900 (II): "Ariel"; su éxito y el espaldarazo de la crítica española: Valera, Unamuno, "Clarín" (Leopoldo Alas), R. Altamira, "Andrenio" (E. Gómez de Baquero), etc.

1900-1902: Militancia de Rodó en la "juventud colorada" y su elección como representante nacional por Montevideo (1902-1905).

1906: Polémica con el Dr. Pedro Díaz sobre el retiro de los crucifijos de los hospitales: "Liberalismo y Jacobinismo".

1907: Corresponsalia montevideana de "La Nación" (Buenos Aires).

1908-1911: Nueva diputación por Montevideo.

1909: "Motivos de Proteo"; artículos de R. Barret en "La Razón".

1910: Embajada con Zorrilla de San Martín a las fiestas del Centenario de la independencia de Chile; discurso ante el Congreso chileno.

1910-1925: Difusión latinoamericana del "arielismo" y el "rodoísmo"; los "arielistas": Carlos Arturo Torres (Colombia), César Zumeta y Manuel Díaz Rodríguez

(Venezuela), Francisco García Calderón y Víctor A. Belaúnde (Perú), Jesús Castellanos (Cuba), Federico García Godoy (R. Dominicana), Santiago Argüello (Guatemala), etc.

1911: Ingreso de Rodó al "Diario del Plata".

1911-1914: Tercer período parlamentario de Rodó; su ruptura con el círculo de Batlle y su postergación a la embajada a las fiestas del centenario de las Cortes de Cádiz (1912), su definición anticolegialista.

1913: "El Mirador de Próspero" (con el "Montalvo" y el "Bolívar").

1914: Militancia aliadófila de Rodó y su colaboración en "El Telégrafo".

1915: Publicación española de "Cinco ensayos" y creciente apatencia de alejamiento de su medio en el escritor.

1916: La concreción del viaje: corresponsalia en Europa de "Caras y Caretas" y "Plus Ultra" (Buenos Aires); homenajes y ofrecimiento de una Cátedra de Conferencias; 14-VII: partida para Europa en el "Amazón"; Río, Lisboa, Barcelona, Marsella, Génova; estada en Italia: Milán, Florencia, Roma, Nápoles, etc.; producción literaria para las revistas argentinas.

1917: Sicilia. Palermo; Rodó enfermo; 1º de Mayo: su muerte en el "Hotel del Palms".

1917-1921: Primeros estudios de balance y examen estricto; ambigüedad entre el encomio y la reserva; también las desembozadas tentativas de demolición (Alfredo Colmo: "La filosofía de Rodó" ["Nosotros", Buenos Aires, V-17]); los "Rodó" de Zaldumbide (New York, 1918) y Raúl Montero Bustamante (1918 en "Revista Nacional" N° 104); Opiniones Literarias" de Alberto Lasplaces (1919); artículos de Alberto Zum Felde en "El Día" (Octubre de 1919); y Cri-



Rodó
en
su
gabinete
de
trabajo



Desembarco de los restos de Rodó en la dársena de Montevideo

- tica de la literatura uruguaya" (1921); "Semblanzas de América" de Ventura García Calderón (Madrid, 1920); Dimas Antuña: "Israel contra el ángel" (Buenos Aires, 1921). Los tópicos del antirodonismo y el antiarielismo: el idealismo sin base en lo real. La moral esteticista. La "renovación" sin meta. La ausencia de un "sentido de la vida" en contraste con las ortodoxias católica o marxista. El ideal aristocrático de la cultura. La endeblez de sus bases filosóficas. Su galicismo mental. La serenidad imperturbable, marmórea. La monótona perfección del estilo. Su desprecio de lo económico y de la lucha social. Su incomprensión del fenómeno imperialista y de la sociedad norteamericana.
- 1918: "El Camino de Paros" (Barcelona, Cervantes).
- 1920 (II): Repatriación de los restos y grandes homenajes públicos.
- 1921: Publicación del "Epistolario" (París, por Hugo D. Barbagelata).
- 1924-1925: Artículos de Ramiro de Maeztu sobre Rodó (en "Hiperión", Montevideo, Nº 97).
- 1927-1929: Nueva ola del antiarielismo: Carlos Quijano: "Carta a un lector VI" (en "El País", 26-IX-27); Enrique Amorim: "Rodó en el Salto" (en "El Plata", 10-XII-27); Héctor González Areosa: "La revisión de Rodó" (en "Revista Ariel", 1929, Nos. 37-38); Zum Felde: "La revisión de Rodó" ("La Pluma" III-28).
- 1932: E. Petit Muñoz: "Glosa de "El León y la lágrima" (en "La Cruz del Sur" y en "El Camino"); Rodó profeta de la Revolución; "Los últimos Motivos de Proteo" (prólogo de Dardo Regules).
- 1937-1941: El antiarielismo aprista: Andrés Townsend Ezcurre: "Recuerdo y revisión de Rodó" (en "Claridad", Buenos Aires, Nº 320, 1937); Luis Alberto Sánchez: "Balance y liquidación del Novecientos" (Santiago de Chile, 1941); Rodó, oligarca modernista, racista, pesimista y antidemocrático; su "idealismo ornamental" y su "optimismo medicinal". Una briosa réplica: José Pereira Rodríguez: "Escolios a una apasionada revisión de José Enrique Rodó" (Montevideo, 1938).
- 1943: Luis Gil Salguero: "Ideario de Rodó" (Ligu); Rodó, pensador del profetismo americano, moralista del humanismo heroico.
- 1944: Emilio Oribe: prólogo del "Pensamiento vivo de Rodó" (Losada, Buenos Aires); Rodó y su asiento en la gran tradición metafísica; su "paideia" clásica, de razón e inteligencia sobre la América bárbara.
- 1945: José Gaos (México): Rodó en la plana mayor de los pensadores y el pensamiento "de lengua española" y de sus trazos característicos: fragmentarismo ensayístico, calidad estética, inmanentismo, compromiso y militancia histórica y social.
- 1947: La "Exposición Rodó" (XII) y los estudios de Roberto Ibáñez: el Rodó soterrado: la angustia y la frustración del intelectual liberal-burgués del Novecientos; la victoria del heroísmo profético y la voluntad de belleza.
- 1948-1953: Cuarta ola del antiarielismo: Arnaldo Gomensoro: "El crepúsculo de Ariel" (en "Marcha", Nº 848, 27-VII-48); trabajos del concurso de "El Debate", de Daniel Hugo Martins, José L. Fonseca y Hugo Torrano (10 y 23-VII-50); Jesualdo, en "La Gaceta Uruguaya" (Nº 2, 16-V-53); Roberto Fabregat Cúneo: "Ariel y el destino de América" ("Mundo uruguayo", 3-IX-53).
- 1961: Publicación de correspondencia de Rodó, en "Fuentes", Nº 1 (I.N.I.A.L.).
- 1967: Conmemoración del cincuentenario de la muerte de Rodó; "Cuaderno" de "Marcha".

BIBLIOGRAFIA BASICA

a) Biografías, monografías, bibliografías, catálogos, colecciones de estudios:

PÉREZ PETIT, VÍCTOR: **José Enrique Rodó** (Montevideo, 1a. edic. 1918, 2a. 1937).

CRISPO ACOSTA, OSVALDO ("Lauxar"): **José Enrique Rodó** en "Motivos de crítica hispanoamericana", Montevideo, 1914, en "Rubén Darío y José Enrique Rodó" (1924) y en "Motivos de crítica", Montevideo, 1965, t. III: Biblioteca "Artigas" - Colección de Clásicos Uruguayos", N° 60.

ZALDUMBIDE, GONZALO: **José Enrique Rodó** (1a. edic. New York, 1918, 2a. Madrid Editorial América, 1919, 3a. Cláudio García, Montevideo, 1944).

RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR: Prólogo general, prólogos particulares y notas a **Obras completas** (Madrid, Aguilar, 1957). Condensa numerosos estudios.

BENEDETTI, MARIO: **Genio y figura de José Enrique Rodó** (Buenos Aires, Eudeba, 1966).

I.N.I.A.L. (Instituto Nacional de Investigaciones y archivos literarios) **Originales y documentos de José Enrique Rodó** (Montevideo, XII-47).

SCARONE, ARTURO: **Bibliografía de José Enrique Rodó** (Montevideo, 1930).

BARBAGELATA, HUGO D.: **Rodó y sus críticos** (París, 1920) Recoge buena parte de los textos importantes publicados hasta esa fecha.

CUADERNOS DE MARCHA, N° 1, mayo de 1967: **Rodó** (con estudios de Roberto Ibáñez, Leopoldo Zea, Arturo Ardao, Carlos Real de Azúa y Eugenio Petit Muñoz).

b) Estudios de aspectos parciales y prólogos:

ARDAO, ARTURO: **El idealismo filosófico de Rodó** (en "Marcha", N° 411, de 26-XII-47) y **La conciencia filosófica de Rodó** (en "Número", Nos. 6-7-8, de I-VI-1950).

ARIAS, ALEJANDRO: **Rodó y la cultura estética** (en "Tiempo y palabra", Montevideo, 1946) e **Ideario de Rodó** (en "Estudios literarios y filosóficos", Montevideo, 1941).

BOLLO, SARAH: **Sobre José Enrique Rodó** (Montevideo, s.f. ¿1951?).

ETCHEVERRY, JOSÉ ENRIQUE: **La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales** (en "Número", N° cit.); **Un discurso de Rodó sobre el Brasil** (en Revista de I.N.I.A.L., Montevideo, 1949 y sep. 1950).

FALCAO ESPALTER, MARIO: **Rodó y Zorrilla** (en "La Prensa", de Buenos Aires, 2 y 30-VI-29 y en "Revista Nacional", N° 138).

FRUGONI, EMILIO: **Presentación de "Ariel" en Moscú** (en "Revista Nacional" N° 197) y **"Ariel" y el momento de su aparición** (Montevideo, Instituto Histórico y Geográfico, 1950).

GALLINAL, GUSTAVO: **Letras uruguayas** (Montevideo, 1967, Biblioteca "Artigas", - Colección de Clásicos Uruguayos, N° 125 (contiene los artículos de "La Nación de Buenos Aires", publicado entre 1922 y 1933).

GÓMEZ HAEDO, JUAN CARLOS: Prólogo de **Ariel** (Montevideo, Colombino, 1947).

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: **La obra de Rodó** (1913) (en "Ensayos en busca de nuestra expresión", Buenos Aires, Raigal, 1952) y **Ariel** (en "Plenitud de América" Buenos Aires, Peña-Del Giúdice, 1952).

IBÁÑEZ, ROBERTO: **Americanismo y modernismo** (en "Cuadernos Americanos", México, 1947, N° 1) y **El ciclo de Proteo** (en "Cuadernos de Marcha", N° 1, cit.).

PEREDA, CLEMENTE: **Rodó's Main Sources** (San Juan de Puerto Rico, 1948).

REAL DE AZÚA, CARLOS: Prólogo a **Motivos de Proteo** (Montevideo, 1957, Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos, N° 21); prólogo a **El Mirador de Próspero** (Montevideo, 1965, Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos, N° 79).

SALTERAIN HERRERA, EDUARDO: **Rodó, el idealismo y los Estados Unidos** (en "Revista Nacional", N° 79).

SEGUNDO, JOSÉ PEDRO: Introducción a **Los escritos de "La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales"** (Montevideo, 1945, I Vol. de "Obras completas de Rodó", Ministerio de Instrucción Pública).

En *CAPITULO ORIENTAL*

Nº 13

HERRERA Y REISSIG;
EL MODERNISMO

y junto con el fascículo, el libro
ANTOLOGÍA DE HERRERA Y REISSIG

Índice

- LA VIDA DEL POETA
- EL POETA Y SU OBRA
- UNA ESTÉTICA DE LO REAL
- LA SUGERENCIA DE LA FORMA
- SIMBOLISMO Y SUGERENCIA



Carlos María Herrera. Cabeza de mestizo.

Este fascículo, con el libro
"EL CAMINO DE PAROS"
(Viajes)
constituye la entrega N.º 12
de CAPITULO ORIENTAL

Precio del
fascículo
más el libro: \$ 100.-

TODOS LOS MIERCOLES

la historia de nuestra literatura y
la biblioteca uruguaya fundamental

1 FASCICULO + 1 LIBRO

los mejores especialistas, los autores más representa-
tivos y las obras que usted no puede dejar de leer

- en las próximas semanas, libros de HERRERA Y REISSIG, DELMIRA Y MARIA EUGENIA, FLORENCIO SÁNCHEZ, CARLOS REYLES, HORACIO QUIROGA, JAVIER DE VIANA, ZAVALA MUNIZ, JUANA DE IBARBOUROU, LOS POETAS DEL 20, FERNÁN SILVA VALDÉS, LOS POETAS DEL CENTENARIO, JUAN JOSÉ MOROSOLL, ENRIQUE AMORIM, JUAN CARLOS ONETTI, FELISBERTO HERNÁNDEZ: TEATRO, POESÍA, CUENTO Y NOVELA DE LA GENERACIÓN DEL 45; LOS NUEVOS.

en setiembre aparece "JUAN EL ZORRO" la obra
capital de PACO ESPINOLA.

- informantes para las veintiséis entregas próximas de CAPITULO ORIENTAL: Fernando Aínsa, Enrique Elissalde, Enrique Fierro, Tabaré Freire, Washington Lockart, Carlos Maggi, Carlos Martínez Moreno, Magda Olivieri, Alberto Paganini, Alejandro Paternain, Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, Angel Rama, Mercedes Ramírez de Rossiello, Danubio Torres Fierro, Daniel Vidart, Ida Vitale, Rubén Yáñez.

directores de CAPITULO ORIENTAL: Carlos Maggi,
Carlos Martínez Moreno y Carlos Real de Azúa.

- equipo técnico: Eduardo H. Galeano, Manuel Martínez Carril, Julio Rossiello, Gabriel Saad, Amílcar Persichetti.

